

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. Lange

Núm. 86

Segundo Trimestre - 1975

Año 22

LA CREACION EN LA PERSPECTIVA BIBLICA

(Continuación y conclusión)

III. La creación y conservación continua de Dios

El relato de Génesis 1 y 2 nos informa que cuando Dios comenzó su obra creadora, ya tomó también las medidas tendientes a que lo creado continuara y fuera conservado. Las plantas que Dios hizo habían de llevar semillas de las cuales nacerían nuevas plantas de la misma especie. De los seres vivientes, Dios creó un ejemplar masculino y uno femenino con el objeto de que fructificaran y se multiplicaran. Esta incesante propagación de la vida mediante la semilla de las plantas y mediante la unión de organismos vivientes, incluso la especie humana en su relación sexual, es, de hecho, la expresión del acto divino de la creación continua.

1. — El hecho de la creación continua de Dios es lo que da al hombre su valor.

Con respecto a las especies infrahumanas, el autor del Salmo 104 dice (v. 30): "Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra"; y en el Salmo 139, David confiesa en cuanto a sí mismo: "Tú formaste mis entrañas, tú me hiciste en el vientre de mi madre. Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras. Estoy maravillado, y mi alma lo sabe muy bien. No fue encubierto a ti mi cuerpo, bien que en oculto fui formado, y entretejido en lo más profundo de la tierra. Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas" (v. 13-16). Job se dirige a su Creador con las siguientes palabras: "Tus manos me hicieron y me formaron... Acuérdate que como a barro me diste forma... ¿No me vaciaste como leche, y como queso

me cuajaste? Me vestiste de piel y carne, y me tejiste con huesos y nervios. Vida y misericordia me concediste" (Job 10:8-12; comp. 31:15; 33:4).

Si bien Dios continúa su obra creadora mediante los poderes otorgados a sus creaturas, sigue siendo él mismo el que crea. Todas las cosas creadas son el producto de Su poder. Es por esto que no sólo confesamos: "Creo en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra", sino que agregamos las palabras "y de todo lo visible e invisible". En pleno acuerdo con estas declaraciones bíblicas en cuanto a la creación continua de Dios, aplicamos este artículo de la fe a nosotros mismos y decimos con Lutero: "Creo que Dios me ha creado y también a todas las criaturas; que me ha dado cuerpo y alma, ojos, oídos y todos los miembros, la razón y todos los sentidos."

Esta confesión coloca al hombre en un plano superior y le asigna su real valor. Por humilde y modesto que sea, todo hombre puede llevar bien alta la frente y decir: "Yo soy una creatura de Dios. Yo he recibido esta particularísima conciencia de mí mismo que me invita a responder con los mismos saltos de alegría que según el relato del Evangelio (Lc. 1:44) dio Juan el Bautista aun antes de nacer."

2. — Dios se ocupa en conservar la creación que él llama continuamente a la vida.

Cuando Dios inició su obra creadora y tomó las providencias para que los seres vivientes se multiplicaran y llenaran la tierra, hizo además los preparativos para la conservación de sus muchas y variadas creaturas. El mundo vegetal fue creado con la intención de proveer el alimento para los seres animados, incluso el hombre. En Génesis 1 se registra la correspondiente observación hecha por Dios al hombre: "He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da su semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde le será para comer" (Gn. 1:29, 30).

Los pasajes siguientes hablan con no menor claridad de la manera como Dios conserva los seres animados proveyéndoles el sustento necesario: Sal. 104:10-15; 104:27, 28; 147:9; Mt. 6:26.

3. — Dios rige y gobierna su creación con miras a su conservación y bienestar.

Las Escrituras dan la prueba al hecho de que Dios rige y gobierna lo que creó y lo que continúa formando. La dirección que él ejerce sobre el universo físico y las fuerzas de la naturaleza halla expresión muy gráfica en las elocuentes palabras con que Jehová convence a Job de su ignorancia:

“¿Quién encerró con puertas el mar, cuando se derramaba saliéndose de su seno, cuando puse yo nubes por vestidura suya, y por su faja oscuridad, y establecí sobre él mi decreto, le puse puertas y cerrojo, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas? ¿Has mandado tú a la mañana en tus días? ¿Has mostrado al alba su lugar, para que ocupe los fines de la tierra...? ¿Has entrado tú hasta las fuentes del mar, y has andado escudriñando el abismo? ¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte...? ¿Has entrado tú en los tesoros de la nieve, o has visto los tesoros del granizo, que tengo reservados para el tiempo de angustia, para el día de la guerra y de la batalla? ¿Por qué camino se reparte la luz, y se esparce el viento soplando sobre la tierra? ¿Quién repartió conducto al turbión, y camino a los relámpagos y truenos, haciendo llover sobre la tierra deshabitada, sobre el desierto, donde no hay hombre, para saciar la tierra desierta e inculta, y para hacer brotar de la tierra hierba...? ¿Podrás tú atar los lazos de las Pléyades, o desatarás las ligaduras de Orión? ¿Sacarás tú a su tiempo las constelaciones de los cielos, o guiarás a la Osa Mayor con sus hijos? ¿Supiste tú las ordenanzas de los cielos? ¿Dispondrás tú de su potestad en la tierra?” (Job 38:8-33).

Así como Dios impone su ley al cosmos, así dirige también el mundo de los animales de modo que cada uno cumple la función que le fue asignada (Job 39). Y ante todo, el gobierno de Dios se extiende a las naciones de la tierra y sus habitantes. “De una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre la faz de toda la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación” (Hch. 17:26). Las Escrituras nos recuerdan

siempre de nuevo que a despecho de todas las pretensiones de potentados terrenales, es Dios quien tiene en sus manos las riendas del gobierno en esta tierra. Es él quien libera a Israel de la servidumbre en Egipto. Es él quien aniquila las huestes de Faraón (Éx. 6:6-7; 15:4). Es él quien da a Israel la Tierra Prometida (Jos. 1:3-6). Es él quien ordena borrar la memoria de Amalec debajo del cielo (Dt. 25:17-19; 1 S. 15:1-9).

El gobierno de Dios abarca todas las creaturas. Los que temen a Dios ven en ello una muestra de su misericordia infinita. Su benevolencia se extiende incluso al mundo animal (Jon. 4:11; Dt. 25:4; Lc. 12:6; Mt. 10:29). Al mismo tiempo, el gobierno de Dios se muestra severo cuando él desencadena un inflexible juicio retributivo sobre los que se burlan de él (2 Cr. 36:16-18).

De esta manera Dios constantemente tiene puesto el ojo en su creación. Persiste en crear hombres y bestias. Continúa proveyendo sustento para sus creaturas. Governa al universo, a las naciones, a los individuos. Se nos dice que tiene cuidado de los bueyes y hasta de los gorriones (Mt. 10:29). Destinado a asumir la responsabilidad de ejercer dominio, el hombre es llamado a trabajar para su Creador en la conservación y el adelanto del quehacer humano, tanto como una manera de expresar su aprecio de los dones divinos, como de impedir que el amor se convierta en desordenado afán, y el dominio en tiranía.

IV. Redención y restauración

El mismo día en que el hombre cayó en el pecado atrayendo la maldición sobre sí mismo y sobre sus obras, Dios manifestó su firme voluntad de continuar manteniendo su creación. En efecto, comunicó al hombre un mensaje de esperanza y restauración. "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar" — esta extraña sentencia pronunciada por Dios sobre la serpiente (Gn. 3:15) ha sido entendida por la iglesia de todos los tiempos como una palabra de promesa.

La nota de esperanza en esta promesa de liberación envuelta en una maldición contra el seductor del hombre, co-

bró más fuerza en Moisés, en los profetas y en los salmos. Más tarde, y con claridad aún mayor, Isaías dirigió al pueblo la proclama:

“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz... Multiplicaste la gente, y aumentaste la alegría. Se alegrarán delante de ti como se alegran en la siega, como se gozan cuando reparten despojos. Porque tú quebraste su pesado yugo, y la vara de su hombro, y el cetro de su opresor, como en el día de Madián. Porque todo calzado que lleva el guerrero en el tumulto de la batalla, y todo manto revolcado en sangre, serán quemados, pasto del fuego. Porque un niño nos ha nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Is. 9:2-6).

Malaquías, el último en el grupo de los profetas veterotestamentarios, anunció la proximidad del Libertador: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Mal. 3:1).

Estas y muchas otras profecías y promesas del Antiguo Testamento, Jesús las entendió como dichas acerca de él mismo. Después de resucitado, el Señor dijo a sus discípulos: “Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos... Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día, y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones” (Lc. 24:44-47).

Que el Antiguo Testamento debe entenderse en este sentido, lo enseñaron también los apóstoles, como lo evidencian las palabras de Pedro: “De éste (Cristo) dan testimonio todos los profetas, que todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hch. 10:43).

En el Nuevo Testamento Jesús es retratado como el Redentor del pecado y sus consecuencias. Él es Aquél que hace que el hombre caído goce nuevamente del favor de

Dios. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados" (2 Co. 5:19). Cristo es "la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas... Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos...; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz" (Col. 1:15-20).

Cuando al final de los tiempos se haga plenamente manifiesto el fruto de esta redención, en especial de la redención del hombre como la principal de las creaturas de Dios, entonces se verá que también el resto del mundo creado participará en los frutos de la obra de Cristo. S. Pablo expresa esto en los siguientes términos:

"El anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo" (Ro. 8:19-23).

Cuando llegue este día, el cielo y la tierra de ahora pasarán (Mt. 24:35; 5:18; 2 P. 3:10). Los reemplazarán nuevos cielos y una nueva tierra en la que morará ya no el pecado sino la justicia (Is. 65:17; 66:22; 2 P. 3:13; Ap. 21:1 y sigtes.).

Mientras los hijos de Dios esperan ansiosamente el momento en que venga el Señor para inaugurar un nuevo cielo y una nueva tierra, ya es restaurada en ellos una cierta medida de las bendiciones derramadas sobre el hombre en el comienzo de su historia y pérdidas luego a causa del pe-

cado. Por la predicación de la palabra y por el santo bautismo, los hombres llegan a la fe en su Redentor. Así Dios les concede un nuevo nacimiento mediante el Espíritu Santo (Jn. 1:12-13; 3:3,5; Tit. 3:5; 1 P. 1:3). Llegan a ser nuevas criaturas (2 Co. 5:17). De esta manera comienza a ser renovada en el cristiano la imagen divina conforme a la cual Dios había creado al hombre originalmente, y que éste perdió a consecuencia de la caída. En su vida de santificación, el cristiano individual se viste de esta nueva naturaleza que es creada según Dios en la justicia y santidad de la verdad (Ef. 4:24). "Se reviste del nuevo hombre, el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno" (Col. 3:10).

Así, el cristiano lleva en su ser una especie de primicia que encierra la promesa de que Dios, quien en el principio creó todas las cosas y las sostiene aún, y quien mediante su Hijo unigénito redimió a la humanidad del pecado y de la consiguiente maldición, restablecerá a los que son de Cristo todo aquello que el primer Adán perdió.

V. La respuesta del hombre a la creación de Dios

El mundo es el producto de la voluntad y acción creadoras de Dios. Todo lo que el mundo contiene está designado para responder a su Creador. El tipo de respuesta que le corresponde a Dios por parte del hombre es el que describe el autor de Crónicas con las palabras de David:

"Bendito seas tú, oh Jehová, Dios de Israel nuestro padre, desde el siglo y hasta el siglo. Tuya es, oh Jehová, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo, oh Jehová, es el reino, y tú eres excelso sobre todos" (1 Cr. 29:10, 11).

La respuesta debida del hombre a Dios es dada en solidaridad con toda la creación, en la totalidad de su ser, en comunidad y continuidad con el pueblo de Dios, y en la particularidad de su fe en el único Dios verdadero. A cada uno de estos puntos debemos darle la atención que se le dedica en las Escrituras.

1. Respuesta en solidaridad

El salmista invita vivamente: Alérgrense los cielos, y gócese la tierra. Los árboles del bosque, el mar con su bramido, el campo con su regocijo, todos deben unir sus voces en un nuevo cántico proclamando la gloria de Dios (Sal. 96). Hasta los montes saltaron como carneros cuando salió Israel de Egipto (Sal. 114:4).

Por supuesto, sólo el hombre puede responder a Dios con este don que llamamos lenguaje. Pues él fue creado a la imagen de Dios para llamar las cosas por su nombre (Gn. 2:19), así como Dios creó los ejércitos de los cielos llamándolos todos por sus nombres (Is. 40:26). Si bien Dios reservó para el hombre el puesto de corona de la creación, no lo creó para que viviera en espléndido aislamiento sino en solidaridad con el resto de la creación.

De hecho, todo lo creado está ligado al hombre. No sólo comparte sus angustias sino también su ardiente anhelo de liberación. Por motivo del hombre, toda la creación gime bajo lo que el apóstol Pablo llama "la esclavitud de corrupción" (Ro. 8:21). Todo lo que entró en existencia y es sustentado por el poder creador de Dios, ha sido hecho para alcanzar su plenitud; sin embargo está sujeto a reveses y frustraciones hasta el día en que los hijos de Dios obtengan la liberación de esa pesada carga de una existencia viciada por la rebelión del hombre contra su Creador (Ro. 8:19-23).

Por esto le fue concedida a S. Juan la visión del universo en actitud de adoración, donde "todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y todas las cosas que hay en ellos, decían: 'Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos'" (Ap. 5:13). Y para esto, Jesús recibió en su ascensión el nombre de KYRIOS, para que "en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra" (Fil. 2:10).

La respuesta debida a Dios es una respuesta del cosmos entero. Los hombres fueron creados para ser una voz en este magno coro de alabanza a Aquél que es "el Dios eterno, el cual creó los confines de la tierra" (Is. 40:28). En todos los confines del universo se cumple la voluntad de Dios,

menos entre los hombres; así, pues, éstos deben aprender a rogar: "Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" (Mt. 6:10)..

Para ser apropiada, la respuesta parte de una postura de sujeción y humildad. Los hombres podrán insistir en su autonomía y resistir la voluntad de su Creador; no obstante llevan estampada en su ser la imagen de Dios. Todo lo que tienen y son, se lo deben a la divina Providencia. Viven en la historia, que tiene un principio y que también tendrá un fin. Por esto mismo, también la historia está sujeta a la dirección y al juicio de Dios. Todo lo que las creaturas poseemos, lo hemos de considerar como un don de este Dios "que ha puesto eternidad en el corazón de los hombres" y cuya intención es "que todo hombre coma y beba, y goce el bien de toda su labor". Y así lo ha hecho "para que los hombres teman delante de él" (comp. Ecl. 3:10-15).

2. Respuesta en totalidad

La respuesta debida a Dios ha de brotar del ser entero de cada una sus creaturas. No hay parte en el hombre que esté excluida de esta obligación. El salmista no titubea en incluir también sus "riñones", término que en la traducción de Reina-Valera aparece como "conciencia". Estos 'riñones' le enseñan, dice (Sal. 16:7), de modo que sus más íntimos pensamientos son impulsados por el Espíritu y le indican cómo servir y agradar a Dios y depositar en él su confianza. María engrandece al Señor en su alma y en su espíritu (Lc. 1:46, 47). El apóstol Pablo nos ruega que "presentemos nuestros cuerpos en sacrificio vivo a Dios" (Ro. 12:1).

No hay en las Escrituras indicio alguno de que la respuesta apropiada del hombre a Dios esté limitada a su alma. Platón invitó a los hombres a que hicieran contemplar a su alma el reino de las ideas eternas; pero ningún profeta ni salmista ni apóstol ni evangelista indicó jamás que el dar la adecuada respuesta de alabanza, gozo y agradecimiento a Dios pueda ser una actitud que envuelva sólo una parte del hombre. Ellos sabían muy bien que los hombres salen de la mano de Dios 'de una sola pieza', y que la voluntad de Dios es que "todo el ser de los hombres, espíritu, alma

y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (1 Ts. 5:23).

Una respuesta adecuada encierra todo cuanto tenemos, hacemos y somos. Por ende, el salmista invita a los hijos de Dios a alegrarse (Sal. 58:10), dar muestras de regocijo (Sal. 47:1-4), amar (Sal. 31:23, 24), dar gracias (Sal. 107), temer (Sal. 18:618), confiar (Sal. 37:5), esperar (Sal. 33:22), servir (Sal. 72:11). Su casa espiritual (1 P. 2:5) es el lugar donde debemos ofrecer los sacrificios espirituales de nuestras oraciones (Sal. 141:2), agradecimientos y alabanzas (Sal. 50:14; 107:22), así como también los sacrificios de arrepentimiento (Sal. 51:19), de nuestros bienes (He. 13:15,16; comp. Pr. 3:9,10) y aun de nosotros mismos (Ro. 12:1).

No hay emoción de nuestro corazón o alma, ni palabra en nuestra boca, ni gesto de nuestro cuerpo que quede al margen de la apropiada respuesta a Dios por sus multiformes manifestaciones de gracia. Por cuanto fuimos creados a su imagen, Dios espera de nosotros que reflejemos su amor, longanimidad, generosidad, compasión y gracia en todo lo que decimos y hacemos, incluso en nuestras formulaciones de doctrina, tal como lo hizo Israel en confesiones como las que hallamos en Dt. 6:4,5 y Dt. 26:5-10.

Toda formulación que hagamos de la doctrina de la creación debe partir del centro de las Escrituras, de Cristo en persona. Así como las miradas del pueblo escogido fueron dirigidas al pasado, al Creador y Formador (Is. 43:1), así debemos nosotros responder a las enseñanzas bíblicas respecto de la creación tomando conciencia de que ya antes de la fundación del mundo, Dios nos escogió para hacernos objeto de la redención obrada por Cristo (Ef. 1:4). Además, las Escrituras nos cuentan que al crear Dios el mundo, lo hizo por el Verbo, Cristo (Jn. 1:1-3; Col. 1:16; He. 1:2). Esto es para los cristianos una fuerte indicación de que la doctrina de la creación debe entenderse en relación con el evangelio, pues así es como la fe la puede captar (1 Co. 8:6; He. 1:2,3).

A más de esto, los cristianos reconocen el hecho de que la intención de Dios, expresada en un principio mediante los imperativos con que implantó el orden creacional, es activa y sigue siendo activa en la conservación de cualquier tipo

de orden que observamos en el mundo real. Como Lutero lo hace ver en su explicación del 1er. Artículo del Credo, al formular la doctrina de la creación no debemos contentarnos con un intento de proveer una explicación de un entendimiento empírico del proceso formativo de las cosas creadas, sino que antes bien debemos ofrecer una firme declaración de que la relación que el mundo y nosotros mismos tenemos con Dios es una relación de creatura a Creador. Nuestra formulación tiene que hacer constar además que al dar al mundo su existencia, Dios le ha dado también un propósito que debe cumplirse en el lapso que media entre la creación y la consumación de todas las cosas.

3. Respuesta en comunidad

El que creó a los hombres para que le dieran la adecuada respuesta es el Dios de Israel, tanto del Israel de antaño como del actual. Si bien es cierto que todo ser humano es un ente peculiar e individual en todos sus actos, las Escrituras quieren llamar nuestra atención al hecho de que una respuesta adecuada proviene de en medio de la comunidad de los redimidos.

El salmista emplea a menudo el pronombre de primera persona singular; sin embargo, lo que compuso bajo inspiración divina, fue escrito en representación de Israel como comunidad de adoradores. En efecto, el libro de los Salmos era el libro de oraciones de un pueblo que elevaba sus ojos al templo en el monte de Sion como centro de su adoración. Ciento cincuenta salmos fueron seleccionados para cubrir un ciclo de tres años en los cultos de adoración en la sinagoga y en el templo; y aun cuando el israelita los recitaba en su hogar, se identificaba mediante estos salmos con el resto del pueblo. En los salmos se le enseñaba a decir: "Él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano" (Sal. 95:7).

El Dios a quien los israelitas respondían con su adoración y con su vida era Aquél que condujo al pueblo a través del Mar Rojo e hizo de ellos un "reino de sacerdotes, y gente santa" (Éx. 19:5,6). En esta forma, él era el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Si Dios no hubiera actuado

creando un pueblo escogido, ni el tabernáculo ni el templo habrían llegado a ser el lugar de su presencia. Si este Dios no hubiese nombrado a Ciro para ser su ungido (Is. 45:1), el remanente de Israel no podría haber retornado desde Babilonia. Toda parte significativa de la adoración debía incluir una mención de estos poderosos hechos de Dios a fin de que las generaciones venideras pudieran conocer las maravillas que hizo (Sal. 78:4).

Israel conoció a este Dios como el Creador de cielos y tierra gracias a su experiencia como comunidad de fieles. La aseveración de que Dios creó el universo no surgió de las observaciones de laboratorio de algún científico individual o de un equipo de investigadores, sino como componente de una respuesta de parte de un pueblo reunido en adoración. La acción de Dios fue exaltada y proclamada en el lenguaje de la fe por un pueblo que se sabía escogido en un momento de la historia para la obra de la redención.

En la breve liturgia de Dt. 26:5-10 se halla lo que bien podría llamarse el más antiguo Credo de Israel:

“Entonces hablarás y dirás delante de Jehová tu Dios: Un arameo a punto de perecer fue mi padre, el cual descendió a Egipto y habitó allí con pocos hombres, y allí creció y llegó a ser una nación grande, fuerte y numerosa; y los egipcios nos maltrataron y nos afligieron, y pusieron sobre nosotros dura servidumbre. Y clamamos a Jehová el Dios de nuestros padres; y Jehová oyó nuestra voz, y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión; y Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, y con señales y con milagros; y nos trajo a este lugar, y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel. Y ahora, he aquí he traído las primicias del fruto de la tierra que me diste, oh Jehová. Y lo dejarás delante de Jehová tu Dios, y adorarás delante de Jehová tu Dios.”

Los designios que Dios reveló en la historia de este pueblo son los designios que él tenía originalmente para con toda la humanidad, y que se hicieron y siguen haciendo efectivos en la vida de muchos que no pertenecen a la estirpe del antiguo pueblo de Dios. Por tanto, al hablar de Dios co-

mo del Creador no se intentaba dar una especie de guía para especulaciones filosóficas en torno del origen de la vida. Antes bien, ello servía y sirve aún como un llamado a la adoración (Sal. 29; Sal. 104) en vista de que el designio de la historia del género humano es un constante vivir bajo la gracia y el juicio de Dios (Sal. 39:4-6; 46:1-3).

Ambas unidades de la historia de la creación presentadas en los capítulos iniciales de las Escrituras relacionan la fundación del mundo con la formación, por parte de Dios, del "Pueblo escogido". Todo el cap. 1 del Génesis señala hacia la selección de la santa comunidad y la revelación de la ley en el monte Sinaí. Desde Gn. 2:4 en adelante, todo se desenvuelve en dirección al momento de la elección de Abrahán en Gn. 12.

Por cierto, Abrahán edificó un altar al Señor siendo un forastero solitario en tierra extraña (Gn. 12:7); mas su proceder fue una forma de responder a la promesa de Dios en cuanto a una descendencia incontable, de modo que su adoración está encuadrada dentro de la comunidad que Dios había planeado desde tiempos eternos.

La idea de la respuesta en comunidad pasó de Israel al Nuevo Testamento, como lo atestigua el ejemplo de Juan y Pedro al término de su interrogatorio ante el sinedrion judío. Fueron a ver a sus amigos, se nos dice, y les relataron lo ocurrido. Entonces, los integrantes del grupo "alzaron unánimes la voz a Dios y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay...; concede a tus siervos que con todo desnudo hablen tu palabra" (comp. Hch. 4:13-31).

La última vislumbre que tenemos del pueblo de Dios en actitud de respuesta es la de "una gran multitud cuya voz es como el estruendo de muchas aguas, y como la voz de grandes truenos, que dice: ¡Aleluya, porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!" (Ap. 19:6). Hasta el tiempo de la consumación, el mundo natural es la morada dada por Dios al hombre. Aquí el hombre es invitado a orar, junto con todos los demás que pertenecen a la familia de Dios: "Padre nuestro que estás en los cielos" (Mt. 6:9). Y aquí él espera el advenimiento de cielos nuevos y tierra nueva (2 P. 3:13), predichos en textos como Is. 65:17, e inaugurados en la obra de

Cristo (2 Co. 5:17) y en el establecimiento de la iglesia como el nuevo Israel de Dios (Gá. 6:16).

4. Respuesta en continuidad

En Gn. 4:26 se nos dice que en los días de Set, los hombres comenzaron a invocar el nombre del Señor. Esto quiere decir que respondieron con actos de adoración, alzando su voz al Dios de toda la creación. Y esta ha sido desde entonces la práctica de los hijos de Dios.

Las Escrituras nos cuentan cómo hizo Dios para estar presente entre los hombres de modo que pudieran responderle apropiadamente. Antes de construir el tabernáculo, él apareció como huésped al paso (com. Gn. 18-19) y en teofanías (Éx. 24 y 33) y sueños (Gn. 20:3) así como en su palabra (comp. Éx. 20 y 34). Una vez elegido Israel como su propiedad, este pueblo llegó a ser el lugar de Su presencia en el sentido de que él les revelaba su gracia de una manera particular en ocasión de los cultos de adoración en el tabernáculo, el templo y la sinagoga.

En la era neotestamentaria, todo esto fue reemplazado por el nuevo santuario de Dios, la iglesia (1 Co. 3:16,17 y 2 Co. 6:16b-18). Esta es ahora el lugar que Dios eligió para habitar en él mediante la palabra y el sacramento hasta el día en que su pueblo sea congregado en la nueva Jerusalén donde Dios mismo será el templo (comp. Ap. 21:22).

Entre tanto, el pueblo de Dios responde a Su misericordiosa iniciativa proclamando Sus poderosos hechos (1 P. 2:9). Adorando, ellos traen a la memoria los divinos actos de liberación y juicio, contando y volviendo a contar la larga serie de sus intervenciones salvadoras (comp. Éx. 15:1-18; Jos. 24:17; Ecl. 12:1), a tono con las palabras de Job 36:24-28:

“Acuérdate de engrandecer su obra, la cual contemplan los hombres. Los hombres todos la ven; la mira el hombre de lejos. He aquí, Dios es grande, y nosotros no le conocemos. Ni se puede seguir la huella de sus años. Él atrae las gotas de las aguas, al transformarse el vapor en lluvia, la cual destilan las nubes, goteando en abundancia sobre los hombres.”

Así también nosotros, siguiendo la misma línea, en los Maitines acompañamos a Zacarías en las palabras del Benedictus, y en las Vísperas nos identificamos con María en las palabras del Magnificat. Pues estos cánticos siguen viviendo en la iglesia con igual lozanía que antaño y nos comunican una fuerte sensación de continuidad cuando a nuestra vez respondemos apropiadamente a las palabras y obras de este Dios que está por encima de todos los dioses.

Por supuesto, el hombre también puede reaccionar impropriamente a las ofertas de Dios. Las Escrituras nos hablan de los juicios de Dios sobre los que rehusan creer, sobre los que permanecen indiferentes, sobre los que se rebelan contra su gracia. Por esto, la debida respuesta de Dios incluye también la petición de que nosotros, sus hijos, logremos escapar de la ira que arrebatará a sus enemigos (comp. Sal. 7-6-8; 35:23-26). De ahí la imperiosa necesidad de enfocar la creación desde el punto de vista de nuestra redención. Sin Cristo, el Creador llega a ser un Dios que no puede inspirarnos más que miedo.

5. Respuesta en particularidad

No hay más que un solo Dios verdadero. Para que una respuesta a él sea apropiada, debe estar dirigida a este Dios que se nos ha revelado de una manera especial en Jesucristo. Si no cumple con este requisito, es idolatría, por noble que sea su forma; pues la 'idolatría' consiste esencialmente en un cambio de la relación entre Creador y criatura, según la descripción de S. Pablo en Ro. 1:23.

El profeta Oseas nos exhorta a decir: "Nunca más diremos a la obra de nuestras manos: Dioses nuestros" (Os. 14:3). Si bien puede dudarse de que en nuestro medio cultural haya personas que digan a un leño: "Mi padre eres tú"; y a una piedra: "Tú me has engendrado" (Jer. 2:27), abundan otras y más sofisticadas formas de pervertir la particularidad de la respuesta.

El único Señor verdadero es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob. Fuera de él no hay otro. "¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?" (Mal. 2:10). El profeta Isaías escribe:

“Así dice Jehová Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan. . . : Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas” (Is. 42:5,8).

Luego, la respuesta debida es esta que dirige su enfoque particular hacia el Dios Uno, ésa que se produce en solidaridad con todo lo creado, y en comunidad y continuidad con su pueblo. Así, pues:

“Cantad alegres a Dios, habitantes de toda la tierra. Servid a Jehová con alegría; venid ante su presencia con regocijo. Reconoced que Jehová es Dios; él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de su prado. Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con alabanzas” (Sal. 100:1-4).

VI. Declaraciones compendiadas en cuanto al enfoque bíblico de la Creación

1. — Ningún estudio sobre lo que la Biblia dice en cuanto a la creación o temas afines puede atreverse a ignorar el propósito supremo de las Sagradas Escrituras definido en 2 Ti. 3:15. En este pasaje se recalca que las Escrituras nos fueron dadas con el objeto de “hacernos sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”. Esto significa que también la creación debe entenderse a la luz de la obra y de las palabras de Jesucristo, autor de nuestra salvación.

2. — La enseñanza bíblica concerniente a la creación lo describe a Dios como Creador y al hombre como su creatura. Con ello queda documentada la inconmensurabilidad de la distancia que media entre Dios y el hombre.

3. — La enseñanza bíblica de que el hombre es creatura de Dios le otorga al hombre su verdadero valor. Su existencia no es el resultado de un accidente, ni ha de considerársele como producto fortuito de ciegas fuerzas cósmicas. Antes bien, el hombre es la creación deliberada de un Dios sabio, poderoso y amante.

4. — La enseñanza bíblica de que Dios es el Creador y el hombre es su creatura, coloca a éste bajo la jurisdicción de Dios y lo hace responsable ante Él en todas las cosas. Un hombre autónomo es un hombre que está en rebelión contra su Creador.

5. — La enseñanza bíblica de que el hombre fue creado a la imagen de Dios no sólo asigna a cada hombre su propio valor individual, sino que también le recuerda que todos los demás hombres poseen el mismo valor. Por lo tanto, la doctrina de la creación, bien entendida, es un fuerte impulso para el comportamiento ético tanto en la vida del individuo como en la vida de la sociedad, y al mismo tiempo una enérgica condenación del racismo y de toda otra forma de injusticia social. Además, sirve al cristiano de permanente estímulo no sólo a respetar a sus semejantes como creaturas de Dios (comp. Hch. 17-26) sino también a esforzarse para que la justicia se haga extensiva a todos los hombres.

6. — El hecho de que Dios puso al hombre en el huerto de Edén para que lo labrara y lo guardase, debe servir de advertencia para los descendientes de Adán y recordarles que se espera de ellos no sólo que llenen la tierra y la sojuzguen, sino que también aprecien esta buena tierra de Dios y traten de preservarla como habitación idónea de todas las creaturas de Dios, en particular del hombre, el cual fue escogido por Dios para ejercer el dominio sobre todo cuanto salió de la mano del Creador.

7. — El hombre cayó en pecado, pese a que estaba hecho para ocupar el lugar de privilegio entre todas las creaturas. Este hecho debiera ayudarnos a entender nuestra humana condición, e impulsarnos a asumir una postura humilde ante Dios y nuestros semejantes; y más que nada debiera ahondar nuestra gratitud por la redención que el misericordioso Dios ofrece a nosotros y a todos los hombres en Cristo Jesús.

8. — La enseñanza bíblica de que Dios continúa creando sin cesar es para los hombres de todas las edades y de toda condición un motivo para considerarse creaturas de un Dios bueno, omnisciente y todopoderoso. Al mismo tiempo nos invita a considerar a los demás hombres como crea-

turas de Dios, y a respetar la naturaleza entera como obra del Señor.

9. — La enseñanza bíblica en cuanto al cuidado y conservación continuos que el Señor prodiga a su creación, debiera estimular a los hombres a confiar en Dios en medio de las vicisitudes de esta vida, y a pedir y esperar de él que esté atento a todas sus necesidades. Esto es un fuerte antídoto de todo tipo de ansiedades humanas.

10. — La enseñanza bíblica en cuanto al gobierno que Dios ejerce sobre su creación, instruye a los hombres a acatar lo que él les ordena como Creador y Señor a quien ellos deben honor y obediencia, y ante quien son responsables en todo tiempo por cada pensamiento, palabra y obra.

11. — La enseñanza bíblica en cuanto a la creación es un llamado a todos los hombres de reconocer y glorificar a su Creador en consonancia con la creación entera, en comunidad con todos los hijos de Dios de todas las latitudes, y en la particularidad de la revelación bíblica de Dios como Creador y Redentor del mundo mediante su Hijo Jesucristo.

12. — La doctrina bíblica de la creación constituye una verdadera teología de la esperanza para el creyente individual, para la iglesia, y para la creación en su totalidad.

13. — La enseñanza bíblica en cuanto a la creación, la caída y la redención no deja lugar para la teoría de que el universo y todos sus componentes sean producto de la "evolución de la materia", ya sea materia eterna o autónoma o aun auto-generadora. Las Sagradas Escrituras enseñan muy claramente que nuestro universo tuvo un punto de partida; que es finito, temporal y perecedero; y que debe su existencia a la propia Palabra del Creador.

14. — La enseñanza bíblica concerniente a la creación no excluye que ocurran cambios en el mundo de lo creado. En efecto, la caída del hombre en pecado ocasionó cambios notabilísimos en la creación, inmediatos unos y graduales otros. Los esfuerzos individuales de los hombres modifican constantemente el medio ambiente, incluso el medio humano. Sin embargo, tales cambios no representan alteración alguna en lo que las Confesiones Luteranas llama-

rían “la naturaleza esencial” de las creaturas en cuestión. Por otra parte, la gracia de Dios que llama a los hombres a depositar su confianza en Jesucristo, convierte a éstos en seres nuevos por medio de la obra del Espíritu Santo, cambia su pensar y vivir, y así actúa como fuerza creadora en la renovación de las relaciones que los hombres mantienen uno con otro, con la sociedad, y con la creación como un todo.

15. — El lenguaje de los capítulos iniciales del Génesis no es “científico” en el sentido en que usamos hoy día el término “ciencia”, sino que ofrece una descripción fenomenológica de la realidad. Las formas literarias y el lenguaje usados tienen por objeto ayudar a los hombres a entender la creación como acto de Dios a fin de que puedan responder a su Creador con agradecimiento y humilde servicio.

16. — De los primeros capítulos del Génesis, la iglesia extrajo los artículos de fe que estos capítulos realmente se proponen enseñar, a saber, la creación por parte de Dios de todas las cosas, en estado de perfección; la creación especial del hombre a la imagen de Dios; la corrupción del mundo creatural a raíz del pecado, y la garantía de la redención en Jesucristo. En cambio, la iglesia se ha abstenido sabiamente de establecer una interpretación oficial de cada uno de los detalles exegéticos que estos capítulos contienen.

17. — La fidelidad a la revelación de Dios y al evangelio exige de la iglesia cristiana mantener firmemente y proclamar estas enseñanzas fundamentales, no en forma aislada sino en su contexto orgánico, tal como las Escrituras mismas nos las revelan.

Tr. E. S.

